

rrado el doctor Herrera en un cuarto, con centinela de vista y bajo la vigilancia del subteniente Pedro Ordóñez, que mandó poner á un lado de la puerta un catre de campaña.

Esto pasaba el 17 de Mayo.

Cuando se esparció entre los vecinos de Ahualulco, la noticia de que había llegado preso el doctor Ignacio Herrera y Cairo, como éste era allí muy querido por sus obras benéficas, se produjo la alarma consiguiente. Piélagó hizo saber á algunos de los principales vecinos que se le presentaron, haciendo gestiones en favor del prisionero, que sólo se trataba de una medida preventiva ó cuando más de una multa de cinco mil pesos que se impondría por toda pena al culpable, pues que tenía pruebas evidentes de que aquel estaba protegiendo con armas y dinero á las partidas de constitucionistas, que habían estado ya por días enteros de guarnición en la hacienda de la Providencia.

En realidad parece que Piélagó había dado parte al gobierno de Casanova, de aquella importante aprehensión y estaba esperando instrucciones.

El 18 se presentó á Piélagó un grupo de vecinos acomodados y uno de ellos le expuso: que supuesto que sólo se trataba de imponer una multa al señor Herrera y Cairo por su conducta como partidario, la cual se quedaba á salvo de otra clase de consideraciones, pues ellos no se mezclaban en política, que sólo por tratarse de un benefactor del pueblo, estaban dispuestos á pagar los cinco mil pesos.

—No son cinco mil pesos, contestó Piélagó riéndose, ¿cómo había de soltar yo á un preso tan importante como Herrera y Cairo por tan corta cantidad, para que después se me hicieran cargos? Yo solamente lo pondré libre por diez mil pesos que es lo menos que necesito para pagar sus adeudos á mis soldados.

Ante esta declaración, los respetables vecinos se quedaron atónitos, pero no desalentados, y entonces ofrecieron ir á ver si era posible que se reunieran los diez mil pesos, si no todo en efectivo porque no había suficiente numerario, á lo menos la mayor parte y el resto en víveres que fueran útiles para la tropa.

En la noche del mismo día se presentaron, manifestando que darían seis mil pesos en efectivo y cuatro mil en granos y géneros.

Piélago no los recibió, mandándoles decir que volverían al día siguiente, á las once de la mañana.

Estuvieron muy puntuales los vecinos. Piélago los recibió en la sala y cuando le hicieron presente los sacrificios que habían hecho para reunir tan respetable suma, Piélago les dijo:

—Voy á ser franco con ustedes. El delito que ha cometido ese hombre, está comprendido entre los que merecen pena capital. No le he mandado formar un Consejo de guerra porque no es necesario; pero ya está sentenciado y probablemente será ejecutado mañana. Sin embargo, si ustedes pueden dar un rescate de veinte mil pesos, acaso conseguirán salvarlo.

—Señor teniente coronel Piélago, exclamó uno de aquellos honrados vecinos sin poder ya disimular su indignación. Usted nos ha dado ayer su palabra de honor de que el señor Herrera y Cairo, sería puesto en libertad, si nosotros entregáramos diez mil pesos.

—En primer lugar, yo no he dado mi palabra, como no la doy ahora por los veinte mil pesos. En segundo lugar, ustedes mismos confesaron que no traían más que seis mil pesos en efectivo.

—Pero ofrecimos en valores el resto, en valores que son indispensables para la tropa.

—No quiero valores, quiero dinero efectivo, y no trayéndolo, estoy en mi derecho para doblar la cantidad. Ahora exijo veinte mil pesos, en pesos fuertes, y sin un centavo menos; pero en el término improrrogable de dos horas.

—Veinte mil pesos no los reunimos aquí nunca, exclamó uno de los vecinos con desaliento.

Pero otro más enérgico, exclamó luego:

—Señor teniente coronel, ¿nos da usted ahora su palabra de poner libre al doctor, si dentro de dos horas le traemos veinte mil pesos?

Piélago se quedó reflexionando, consideró como imposible que pudieran reunir tal suma en tan corto plazo, y contestó con resolución:

—Les doy mi palabra.

Los vecinos se retiraron lentamente, unos completamente descorazonados, otros llevando en el corazón un rayo de esperanza.

A las dos horas justas volvieron: Piélago se estremeció y aun pensó en negarse á recibirlos; pero observó que no llevaban el dinero, cosa que podía verse bien porque entonces no había billetes de Banco y dejó que entraran. Cuando se les presentó en la sala, uno de los vecinos se adelantó, presentándole un papel:

—¿Y qué es esto? preguntó Piélago.

—Un giro mercantil sobre Guadalajara.

—¿Un giro mercantil?

—Sí, señor, una libranza pagadera á la vista por la casa de Blumen, en Guadalajara.

—Yo no entiendo de giros ni de libranzas, yo entiendo de pesos.

—Este papel representa veinte mil pesos.

—¿Y si no se paga?

—Se pagará seguramente.

—¿Y quién me responde?

—Todos nosotros con nuestras vidas y haciendas.

—Señores, exclamó Piélagos fingiéndose enojado, esto parece un juego. Yo he pedido pesos, talegas de pesos, ¿entienden ustedes? yo no quiero papeles ni firmados por el Padre Eterno.

—Pero señor, nosotros nos constituimos garantes.....

—Y yo quedo libre de todo compromiso una vez que han transcurrido las dos horas y ustedes no me han traído veinte mil pesos, en pesos. Es negocio terminado.

Piélagos se levantó y se salió de la sala.

Los vecinos se fueron consternados. Los demás que había en la calle esperándoles, así como las familias que los vieron pasar, derramaron lágrimas al notar que ellos mismos iban llorando.

—El doctor está perdido, está perdido, decían á los que les preguntaban, el señor Piélagos se muestra inflexible, no quiere dinero, no quiere nada, lo que quiere es sacrificar al querido doctor Herrera y Cairo.

Piélagos entre tanto se tiraba de los cabellos, exclamando:

—¡Y ese maldito extraordinario que no vuelve de Guadalajara!

Llegaría ó no llegaría el correo que Piélagos esperaba de Guadalajara, lo cierto es que acercándose al cuarto del doctor, dijo á Pedro el oficial de sus confianzas:

—¿Cómo está el prisionero?

—No se mueve, ó es de miedo ó es que espera que los suyos se apuren mucho para conseguir su libertad.

—Pero no lo han conseguido.

—¿Y lo conseguirán?

—No. Estoy ya resuelto á fusilarlo.

—Salvo la respetable opinión de mi superior, yo hubiera hecho eso mismo, sin salir de la hacienda de la Providencia.

—Allí habrían dicho que era un asesinato, mientras que aquí el acto tendrá mayor solemnidad.

—¿De manera que puedo prevenirlo?

—No es necesario. Mañana se le saca á las seis de la mañana y se le lleva al sitio que ya tengo elegido en que mandaré formar el cuadro.

—Muy bien, mi coronel.

—Aun no: todavía soy teniente coronel. Después de este servicio que presto á nuestra causa, es seguro que me vendrá de México el despacho de coronel. Ese vale más que los veinte mil pesos que me daban estos majaderos.

Pedro se conmovió y dejó escapar una lágrima.

Desde muy temprano hubo movimiento de tropas y en el mismo alojamiento de Piélagos se oyó ruido de espadas, de caballos y de fusiles. Herrera y Cairo se figuró que iban á conducirlo ya á Guadalajara, cuando se le dijo que se pusiera en el centro de la escolta.

—¡En fin! murmuró, va á desenlazarse esta situación extraña.

Cuando llegaron al punto en donde estaban formadas todas las tropas, comprendió por qué tantas señoras al verlo pasar lloraban ó enclavijaban las manos.

—Van á fusilarme, dijo en su interior; pero ¿por qué, Dios mío?

Entonces dirigiéndose á Pedro Ordóñez, que siempre estaba encargado de su custodia inmediata, le dijo:

—Veo que se trata de fusilarme, según parece, ¿puede usted decirme el motivo?

—Por el delito de conspiración.

—Está bien. ¿Y qué jueces son los que me han condenado?

—El señor teniente coronel Manuel Piélagos.

—Esto es inusitado, incomprendible. Yo creo que al menos se me permitirá despedirme de mi familia, dictar algunas disposiciones. . . .

—La única disposición que se podría dictar sería mandarle llamar un eclesiástico para que se confesara; pero siendo usted impío. . . .

—Señor, ¡por Dios! yo no comprendo esto.

—Calle usted, ya me ha hecho hablar más de lo necesario y me está prohibido. Además, hemos llegado.

Pedro empuñó su espada y se dirigió á donde estaba Piélagos, montado á caballo con algunos oficiales, cuadrándose delante de él, esperó á recibir órdenes.

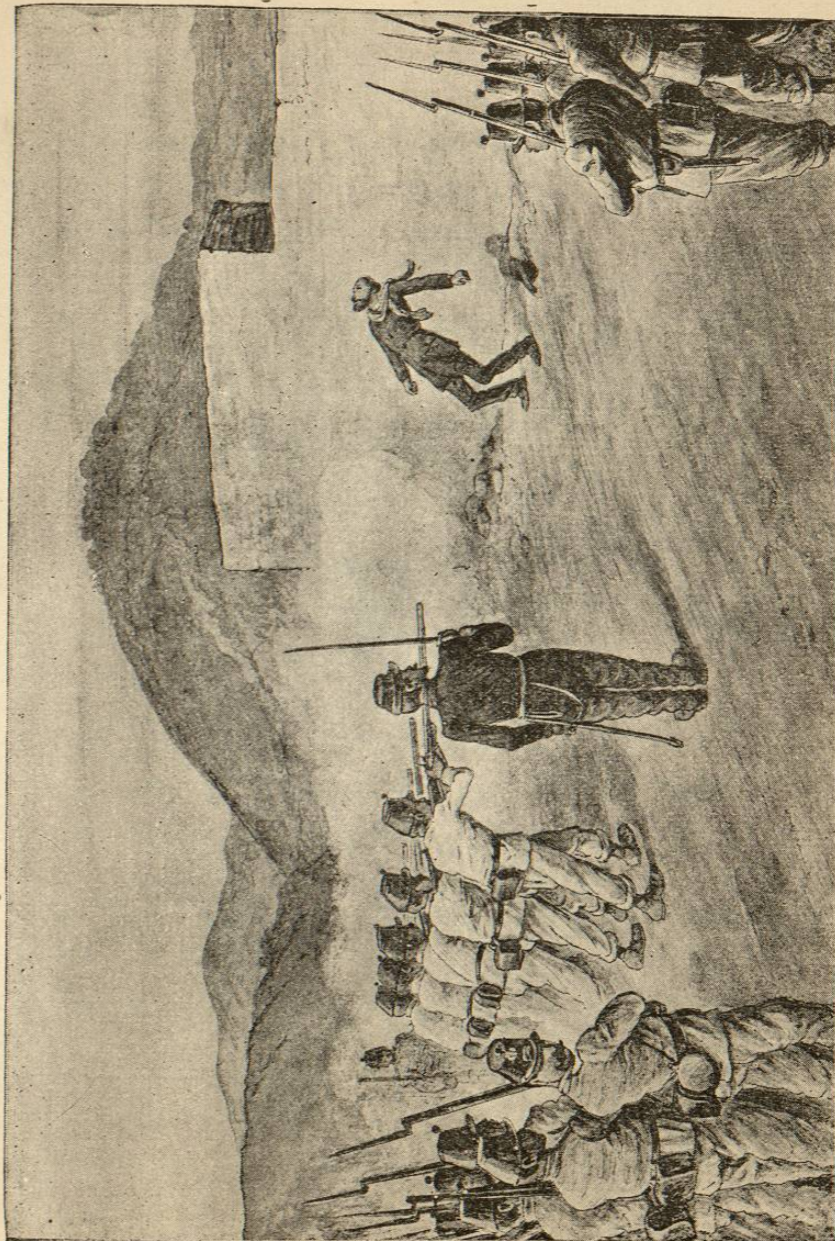
—La ejecución se verifica en aquella tapia descubierta. No se permite á ninguna persona que entre al cuadro formado por la tropa. Usted da las voces de mando.

Pedro, que era oficial recientemente hecho, que nunca había visto ningún fusilado, que no sabía nada sobre el particular, no dejó de ponerse densamente pálido; pero no queriendo dar su brazo á torcer, se dirigió con el preso al sitio indicado, lo mandó vendar y le dijo:

—Arrodillese usted.

—¿Por qué me he de arrodillar? preguntó el doctor. Asésinenme ustedes de pie, puesto que se trata de un asesinato. Yo no soy criminal.

—Soldados, exclamó entonces el nuevo oficial con la voz temblorosa, preparen las armas.



Inicio ejecución de Herrera y Cairo.

Los soldados prepararon sus armas como pudieron.

—Apunten

Los soldados apuntaron.

—¡Fuego!

Los soldados hicieron un fuego graneado sobre el doctor, que cayó extendiendo los brazos sobre el vacío.

La gran iniquidad estaba consumada.

